

7 oct 22

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I

La oración de doña Ximena



A primera oración que en nuestra lengua castellana conocemos es la que en el «Cantar de mió (mió y no mio, monosilabo y agudo) Cid» dirige su mujer, Ximena, echada en los gradós delante el altar, a resuciarlo y ocupa los versos 330 a 365 del poema casi ocho veces secu-

lar. Es casi seguro que no se había aun traducido al romance, romanceado, la oración dominical, el padre nuestro, sino que se le rezaba en latin como se siguió haciendo por mucho tiempo.

La oración de doña Ximena empieza dirigiéndose al Criador, a quien llama «señor glorioso, padre que en cielo estás». Le dice luego que tomó encarnación en Santa Maria Madre y ya continúa narrando la vida y pasión del Cristo. ¡No es que llame a éste padre, no! Aunque doña Ximena no leería el Evangelio — que ni andaba en romance todavía — ni sabría acaso que el mismo Cristo vedó el que se le llamara padre (Mat. XXIII, 9) ni se lo llamaran unos a otros entre sí sus discipulos — como titulo de reverencia y honor, se entiendo, — no se le ocurriría darle semejante titulo. Ni se le llama allí así al obispo don Jerome y eso que era monje. No fraile, porque los frailes no empezaron sino en el siglo XIII.

La oración sigue, sin embargo, confundiendo al Hijo con el Padre, al Redentor con el Creador. Parece atribuir al Cristo el que salvara a Jonás, a Daniel y a Susana. Toda la historia llamada sagrada se condensa allí fuera de tiempo, en visión momentánea. A Daniel sigue San Sebastián y a San Sebastián sigue Susana. Para doña Ximena ¡mujer al cabo! no hay historia. O mejor, la hay y la hay toda presente, es decir, toda eterna, toda actuada. La historia es para ella un cuadro y no una película. Como en una familia, como en la vida doméstica, todo se repite, todo va en anillos. Los nietos reproducen a los abuelos y era costumbre que aquellos llevaran el nombre de pila de éstos. Acaso era doña Ximena de raza gótica, germánica, y en germano la voz nieto, *Enkel*, parece que quiere decir «abuelito».

Mas hay en esta oración un verso, el 344, que se nos antoja con un sonriente semblante homérico. Es aquel que dice: «por tierra andidiste treinta y dos años, Señor spirital, mostrando los miraclos, por en avemos qué hablar». ¡Gracias a que el Cristo anduvo por tierra treinta y dos años mostrando miraclos podemos hablar de ellos, tenemos de qué hablar! ¡No nos recuerda

esto aquellas palabras que Homero pone en boca de Alcinooc, el rey de los feacios, cuando incitando a Ulises a que les cuente sus aventuras le dice que «los dioses traman y cumplen la destrucción de los mortales para que tengan argumento de canto los venideros»? (Odisea, VIII, 579-580). Lo que es la esencia de la concepción estética de la historia. Que vale tanto como la económica.

Gracias a los milagros de Cristo tenia de qué hablar doña Ximena! Y podía recordárselos en su aflicción y consolarse con su recuerdo. «Del agua fezist vino e de la piedra pan». Su hombre, don Rodrigo Diaz de Bivar iba a ganarle el pan conquistando piedras. Y rocas y castillos. «Resucist a Lázaro, ca fo tu voluntad». Pero no ha resucitado al Cid. Y eso que dice la leyenda tardía que su cadáver, montado a caballo, ganó una última batalla.

Habla luego doña Ximena del milagro de recobrar la vista Longinos, el ciego, con la sangre que le corría «por el astil ayuso» de la lanza y con la que, untadas sus manos, se hubo de tocar los ojos. Versos que hemos más que glosado, modernizado en nuestro poema «El Cristo de Velázquez». Creyó, y por creer se salvó, Longinos por el milagro. Para doña Ximena la religión era milagrería y arte; milagros de qué hablar. ¡No era acaso un milagro la vida misma de su marido el Cid? Milagro gracias al cual tenemos de qué hablar y en qué simbolizar nuestros recuerdos los españoles.

Treinta y seis versos ocupa la oración de doña Ximena y la petición se reduce en dos solos, los últimos, que dicen: «por mió Cid el Campeador, que Dios le curie de mal. Quando oy nos partimos, en vida nos faz juntar». Y se partieron unos de otros, el Cid de su mujer y de sus hijas, «como la uña de la carne».

Esta oración ¡la rezó acaso doña Ximena ante este crucifijo negro, rígido, con los brazos en escuadra, curtido a soles y a hielos que con el nombre de Cristo de las Batallas se conserva hoy en una capilla de la catedral nueva de Salamanca, junto al último sepulcro del obispo don Jerome, crucifijo del que es tradición que fué el que el Cid llevaba para los altares de campaña, en sus correrías? El de este crucifijo es un Cristo Martillo y sus milagros habrían de ser milagros de guerra. Volver a matar a Lázaro. O volver a cegar a Longinos. Este Cristo Martillo, el que conservamos en Salamanca, volverá tal vez a juntar a hombre y mujer, a padre e hijas separados por la guerra, pero los juntará a martillazo; clavará la uña en la carne de que se partió.

¡Y es con todo este Cristo de las Batallas tan nuestro! ¡Y tan de doña Ximena!

M i g u e l d e
U n a m u n o

la/a

Antes

Sa

(«Caras y Carretas» Buenos Aires (R. A.), 7 octubre 1922)